



*Teodoro Martín de
Molina*

*UNA HISTORIA
COMO OTRA
CUALQUIERA*

UNA HISTORIA COMO OTRA CUALQUIERA

TEODORO MARTÍN DE MOLINA

© Teodoro Martín

Granada, 2022

Fotografía de la portada: Los tajos del castillo.

Gaucín (Málaga)

Es mi nombre el de Juanico,
hijo del *señó* José
y la hija del Federico,
que no era pobre ni rico
como luego ya os diré.

Petra se llamaba ella
una mujer tan delgada,
tan delicada y tan bella
que apenas dejaba huella
su paso ni su pisada.

Nací allá en plena sierra
en lugar osco y umbrío,
todo suyo, nada mío,
antes de empezar la guerra.
El que al relato se aferra
solo cuenta la verdad
de ese tiempo sin piedad,
de muchos la perdición
siempre sirviendo al patrón
a veces sin dignidad.

Era aquel tiempo azaroso
el que me tocó vivir,
vivir era peligroso
por eso a veces morir
resultaba venturoso.

A la teta de la madre,
siempre falta de alimento,
acudían al momento
tanto el niño como el padre.
Para que todo bien cuadre
os diré que la intención,
así como la ocasión,
eran cosa bien distinta,
dicho de forma sucinta:
cada cual con su razón.

Con lo que digo no miento,
con lo que digo no engaño,
es hondo mi sentimiento:
antes de cumplir un año
conocí ya el sufrimiento.

Había que procrear,
eso predicaba el cura,
y se formaba un hogar
en medio de la locura
de aquel pequeño lugar.

Vivíamos hacinados
personas con animales,
juntos, casi amontonados,
sufriendo todos los males
a nosotros reservados.

En busca de algún sustento
el obrero madrugaba
sin lugar al desaliento,
su esfuerzo no compensaba
por tan escaso alimento.

A veces por la comida
se echaba larga jornada;
y se pasaba la vida,
y no se alcanzaba nada
en una justa medida.

Y la Petra en su regazo
me llevaba a todas partes,
siempre extendía mi brazo
buscando de algo un pedazo
cada lunes, cada martes.

En cuanto tuve la edad
de valerme por mí mismo
los mayores sin piedad
me lanzaron al abismo,
es la cruda realidad.

Un cuscurro de pan duro
y unos cuantos higos secos
con eso, yo os aseguro,
del rebaño oía sus ecos
sin presente ni futuro.

Las ovejas y el carnero
eran más altos que yo
pero el amo se empeñó
que los guiara con esmero.
Ni el último ni el primero
sería yo de esos pastores

que con fríos y calores
iría tras el rebaño
buscando el mejor apaño,
sufriendo mil sinsabores.

Y si una oveja paría
en medio de la montaña,
me hacía cargo de la cría
y la trataba con maña
a lo largo de ese día.

Lejos ya de la casona
si me topaba con otro
pastorcillo de la zona
disfrutaba como un potro
o una yegua retozona.

Cuando iba con el ganado
iba cantando las penas
que este mundo me ha enseñado,
¡malditas son las condenas
que a los pobres le han tocado!

Compartíamos historias
oídas de los mayores,
nuestras miserias y glorias
como jóvenes pastores
con derrotas y victorias.

La escuela no conocí
cuando tan solo era un niño,
lo poquito que aprendí,
con más dolor que cariño,
del mundo lo recibí.

Pero sí hubo un maestro
que después de anochecer
con un proceder muy diestro
nos obligaba a aprender
a rezar el Padrenuestro.

Y después de la oración
las cuatro reglas venían
y si no las entendían
tenían doble ración.

Un hombre con ilusión
que enseñaba la lectura,

al tiempo que la escritura
te la enseñaba después
del derecho y del revés
junto a brotes de cultura.

Allí me enseñé a sumar
y también a dividir,
restar y multiplicar,
también aprendí a escribir
algo más que regular.

Al terminar de la escuela,
antes de a casa volver,
bien lejos de la plazuela
aprendimos a comer
el guiso de una cazuela.

El guiso no era otra cosa
que el fruto de la rapiña
que sin pelea ni riña
en nuestras manos reposa.
Una gallinita hermosa
o un conejo zagalón
nos robaba el corazón

y, como era tan noble,
teníamos ración doble
como todo buen ladrón.

Entre juegos, entre risas,
volvíamos al hogar
manchadas nuestras camisas
después de saborear
lo rapiñado con prisas.

Como al empezar decía,
el abuelo Federico
era un hombre de valía
mas tan solo poseía
dos cabrillas y un borrico.

Eso era un gran capital
para el tiempo que corría
donde, por lo general,
para el sustento del día
siempre se pasaba mal.

Con la leche de las cabras
entraba algún alimento,

y para hablar del jumento
a mí me faltan palabras.
Cuando la tierra la labras
con tan menudo animal,
él recibe todo el mal
del siempre duro trabajo
de aquellos que están debajo
del mandamás general.

Él era un afortunado
porque algo poseía
pero el vecino de al lado
de la envidia que tenía
lo miraba atravesado.

Su padre con un hermano
en la guerra contra el moro
allá en el suelo africano,
como no tenían oro,
murieron mano con mano.

A esa guerra mandaban
al carente de recursos
porque los necesitaban,

decían en sus discursos,
donde las tropas estaban.

Otro hermano de mi abuelo,
cuando vio ese panorama,
rápido emprendiera el vuelo
y saltando de la cama
no se le vio más el pelo.

Él se embarcó en la aventura
de cruzar el ancho mar
con él se fue su cultura,
la cultura popular,
que no precisa escritura.

A la Argentina o a Brasil
con el tiempo llegaría
lo mismo que otros cien mil
que se fueron día a día
siguiendo el mismo carril.

En su historia yo ahora abundo,
es historia interesante,
cuando llegó al nuevo mundo

pudo salir adelante
con sufrimiento profundo.

No fue llegar y topar;
para ver un horizonte
hasta el que poder llegar
trabajó duro en el monte
y en los llanos del lugar.

Nada se le atravesaba,
tenía que subsistir,
el pan que allí se ganaba
sabía cual elixir
que al hombre hasta le gustaba.

Trabajando duramente
y siendo persona honrada
con el que tenía enfrente,
fue una criatura mirada
por casi toda la gente.

Como era trabajador,
y había donde trabajar,
el fruto de su sudor

él lo pudo aprovechar
para una vida mejor.

Se adaptó a ese nuevo clima,
a la gente y al paisaje,
escaló hasta la cima
llegando a ser personaje
que se ganaba la estima.

Y una familia formó
en la tierra americana
que según se me contó
siempre con ella vivió
en la pampa o la sabana.

De otras penas y alegrías
pocas noticias tuvieron
con el correr de los días,
y aquí en su tierra vivieron
fruto de las fantasías.

Y mi abuelo Federico
que en el pueblo se quedó,
como él era muy chico

en lo que pudo ayudó
y su ejemplo yo practico.

La cosa se pone fea
cuando aquel que tiene mucho
mucho más aún desea:
si me achuchas yo te achucho,
y así empieza la pelea.

Aquel que tiene muy poco
y el que no tiene de nada
con la paciencia quemada
no le temen ya ni al coco.
El pobre se vuelve loco
y al rico poco le importa
pues lo mejor de la torta
se lo queda para él
y firma sobre un papel
la orden que te deporta.

No debías replicar
ni al señor ni a la señora:
se podían enojar
y en menos de media hora

entre rejas acabar.

Y si entrabas en prisión
todo se ponía feo
y hasta tu mejor deseo
te roía el corazón.

Tuvieras o no razón
te tocaba a ti callar,
como las olas del mar
cuando llegan a la orilla,
de una forma bien sencilla
te solían amansar.

Y cualquiera de los hijos,
más el padre de familia,
eran los puntales fijos.
Su sola presencia auxilia
como el agua en los botijos.

Las miradas desafiantes
no dejan vivir en paz,
y los sueños delirantes
del más astuto y sagaz
les aprietan sus tirantes.

Todo estaba enrarecido
en un lugar tan pequeño
y aquel pueblo enaltecido
anhelaba por el sueño
de un bienestar repartido.

Porque el pueblo así lo quiso
el régimen se cambió
sin escuchar el aviso
que la caverna lanzó
desde su cómodo piso.

Electorales colegios
propusieron repartir
los inmensos privilegios
que los señores egregios
tenían para vivir.

El cacique y el señorito,
apoyados por el clero,
pensaron que el plebiscito
por Dios no estaba bendito,
asunto de mal agüero.

La más alta autoridad
al son del himno de Riego
tomó las de Villadiego
pensando en su integridad.
A toda velocidad
se marchó por Cartagena
hasta una nación ajena
viviendo a cuerpo de rey
sin pensar más en su grey:
ni en su gloria ni en su pena.

Disputar con el hermano
puede ser de lo peor,
y en nuestro pueblo cristiano
eso promovió el señor
cuando se fue el soberano.

Fueron tiempos muy convulsos
los que aquí tocó vivir
se alteraron bien los pulsos
por querer sobresalir
o tomar nuevos impulsos.

Y el mundo siempre fue así:
aquel que ostenta el poder,
ocurre aquí como allí,
no piensa ni en ti ni en mí
tan solo en su propio ser.

Y llegaron los desmanes,
fueron tiempos de revancha,
escaseaban los panes
y saltaron a la cancha
golpeando cual batanes.

Se ajustaron muchas cuentas
sin pasar por tribunales,
las ropas ya no te tientas
y poco importan los males
de aquellos con quien te enfrentas.

No se miraba de frente,
se miraba de reojo
y de modo diferente
te trataba a ti la gente
si eras blanco o eras rojo.

Sublevados militares
dieron un golpe de estado
y por todos los lugares
la guerra se ha declarado
rompiendo cien mil hogares.

Tras este levantamiento,
que el orden lo subvirtió,
nacería un Movimiento
que a Libertad se llevó
sin el menor miramiento.

De la patria salvadores
ellos se auto nominaron,
los futuros vencedores
a la muerte condenaron
al bando de perdedores.

En el pueblo me quedé
con padre, madre y abuelo;
de mis hermanos diré
que uno se marchó hasta el cielo
y el otro fue un requeté.

Las bombas no saben nada
ellas tan solo obedecen
al que puso su mirada
en el lugar donde crecen
el novillo y su manada.

En cualquier lugar se halla
la no deseada muerte
si tienes tan mala suerte
que te alcanza la metralla.
Toda la bomba que estalla
de la muerte es mensajera,
en el lugar que te espera
tú no lo puedes saber
y en la guerra cualquier ser
siempre la lleva a su vera.

Con amigo verdadero
mi hermanillo iba jugando
cuando un disparo certero
le abriría un agujero
sin saber cómo ni cuándo.

Si fue metralla o disparo
no lo puedo asegurar
pero sí me quedó claro
que de este pequeño lugar
se fue mi hermano tan caro.

Si mi hermano murió aquí
otros murieron allá,
el odio con frenesí
te lo inculcaban a ti
desde un tiempo para acá.

Y a mi pueblo le pilló
en zona republicana,
pues allí me estuve yo
con madre, padre y hermana
y el hermano que murió.

A mi tío y a mi otro hermano
con la facción nacional,
cogiditos de la mano
sin hacer el bien ni el mal
les pillaría el verano.

Ya no supimos más de ellos
hasta después de la guerra
sin saber si los destellos
que salían de la sierra
llevaban sus propios sellos.

Los mandamases locales
hicieron bien de la suyas,
confiscaron los corrales
de las gentes principales
gritando sus aleluyas.

Incluso en la iglesia entraron
sin esperar un momento
y los santos los quemaron
junto con el ornamento
que a su paso se encontraron.

Al cura metieron preso
junto a un grupo de beatos
en un muy triste suceso,
mas febriles arrebatos
no se quedaron en eso.

Los jefes de la comarca
quisieron poner sus puyas
y así visitó la parca
al hombre de las casullas
y a otros que llamaban carca.

De la guerra y sus desmanes
ningún bando se escapaba
la sinrazón dominaba
llevando a cabo sus planes.
Por mucho que tú te afanes
no lo podrás comprender,
mas me tienes que creer
en lo que ahora te digo
porque de ello fui testigo
es decir, lo pude ver.

Imperaba la venganza
sobre cualquier sentimiento,
se perdió toda esperanza
de que el buen entendimiento
impidiera una matanza.

Sufrimos los bombardeos
que mandaba el otro bando,
así que, de vez en cuando,
del miedo éramos reos.
Se oían los balbuceos
del más grande y del pequeño
que habían perdido el sueño,
escondidos en refugios
evitar los artilugios
era nuestro solo empeño.

La madre abrigaba al niño
que no cesa de llorar
y a pesar de ese cariño
en tan funesto lugar
nada era un buen aliño.

Cuando cesaba el ruido,
ese ruido tan terrible,
como pájaros del nido
salen pensando que ha huido
el enemigo temible.

Y así un día y otro día
hasta que llegó el final,
puesto que llegar tenía,
y un batallón principal
de soldados se vería.

Eran los liberadores
los que tomaban el mando
y por los alrededores
muchos se van dispersando
temiendo a los delatores.

Pronto se vio su presencia
y sufrieron sus efectos
algunos hombres de ciencia
y algunos cargos electos
como clara consecuencia.

Aquel que estaba en el frente
en el bando perdedor
tuvo suerte diferente
al del bando vencedor,
asunto más que evidente.

Mandaban al paredón
si no a trabajos forzados,
campos de concentración,
que había por todos lados,
sin remisión ni perdón.

Muchos allí se quedaron,
allí perdieron la vida,
y aquellos que regresaron
de su mente no se olvida
todo el dolor que pasaron.

Los que a su pueblo volvieron
apenas podían andar
y apenas reconocieron
a los propios del lugar,
del lugar del que partieron.

Con los rostros demacrados
y las fuerzas exprimidas
se vieron abandonados
igual que ovejas perdidas
sin pastores a sus lados.

Padres, esposas y hermanos,
esas familias humildes
prestas tendieron sus manos
y no le pongamos tildes
si somos seres humanos.

Se irían acostumbrando
a la nueva situación
sin saber cómo ni cuándo
se adaptaron al patrón
de los que estaban mandando.

Entraron en la rutina
de hacer lo que hacían todos,
ya no tenían ni inquina
y asumieron esos modos
del vecino y la vecina.

Y las mujeres sufrieron
también un duro castigo
y por las calles las vieron
entreabiertos los postigos
las que sus amigas fueron.

Iban todas trasquiladas
y casi medio desnudas,
y con las manos atadas,
ya casi todas viudas,
por todos abandonadas.

De la nueva sociedad
eran seres apestados,
tan solo por caridad
familiares y allegados
las trataban con piedad.

Tras la guerra fratricida
se instauró una dictadura,
la sociedad oprimida
al borde de la locura
se quedó casi sin vida.

Todo era un ordeno y mando
que el militar dirigía
y si no eras de su bando
con furor su policía
ya te estaba encadenando.

Eso le ocurrió a mi padre
y a otros hombres y mujeres,
también lo sufrió mi madre;
el lema de sus quehaceres:
"Mejor que el *perro* no ladre".

A la nueva autoridad
alguien iba con un cuento
lejos de la realidad
usado como cimiento
para ejercer la maldad.

Ambos fueron arrestados
sin motivo ni razón
y tras ser encarcelados
llevados a los juzgados
buscando su perdición.

Y sin haber hecho nada
sufrieron el vituperio
de los amos del imperio,
de su grey y su mesnada.
Con la boquita cerrada
hasta el pueblo regresaron,

las puertas se les cerraron,
cerradas a cal y canto,
y sufrieron tanto y tanto
que sus fuerzas se agotaron.

Mi otro hermano, el requeté,
que hasta el pueblo regresó
como ya cambió su fe
al poco tiempo se fue
y solitos nos dejó.

Mi padre vino lisiado,
mi madre herida de muerte,
y yo que estaba a su lado
maldije la mala suerte
que el destino me hubo dado.

Tuve que buscar trabajo
porque había que comer
y a mi padre ya en el tajo
no lo querían ni ver
ni el de arriba ni el de abajo.

El trabajo escaseaba
y de día y de noche
tocabas en cada aldaba
por ver si de su derroche
a ti algo te alcanzaba.

Tenías que claudicar:
para el amo era la feria
y para ti trabajar
por un jornal de miseria
como un borrico o a su par.

Hijo de represaliado
nunca pude farrear
siempre estaba señalado
en la calle y en el bar,
por el guardia y el juzgado.

Al monte no me escapé
ni a los del maquis me uní,
y no entiendo bien por qué:
yo era un extraño allí
sin embargo, me quedé.

Fueron años de penuria
los de después de la guerra
pronto afloraba la furia
en esa vida tan perra
donde imperaba la injuria.

Todo el pueblo adoctrinado
a base de las consignas,
con el cerebro lavado
por tantas gentes indignas
cada cual mejor pagado.

A pesar de las soflamas
el que tuvo dignidad
no se anduvo por las ramas
superando muchos dramas
en busca de la igualdad.

En ello yo me afané
con palabras y con hechos,
y a mi modo peleé
por conseguir los derechos
sin echar atrás ni un pie.

Mantuve una relación
con los huidos al monte
sin temer al paredón
que era probable horizonte
si te veía un soplón.

Hacía de recadero
con los colaboradores
y transitaba el sendero
por donde los segadores
de vidas iban primero.

Mientras que pastoreaba
tenía alerta la vista
y si algo vislumbraba
siempre dejaba una pista
con la que les avisaba.

Eran tercos los civiles,
no cejaban en su empeño
de apagar esos candiles
que perseguían el sueño,
el sueño de muchos miles.

Con sus recursos escasos
no tenían solución
y poco a poco sus pasos
daban algún tropezón:
fracasos y más fracasos.

Uno a uno fue cayendo
por uno u otro motivo,
y yo que lo estaba viendo
aquí lo voy refiriendo
porque todavía estoy vivo.

Al que salía con vida
de entre medio de los tajos
al poco tiempo se olvida
pues los forzados trabajos
tan solo eran de ida.

Al cautivo se aplicó
la llamada ley de fuga
y por mucho que corrió,
o si anduvo cual tortuga,
la misma suerte alcanzó.

El que consiguió escapar
de tamaña cacería
corrió de noche y de día
en busca del ancho mar.
Lejos de aquel muladar
y tras cruzar la frontera
la nueva vida que espera
muy lejos de sus raíces,
lo diremos sin matices,
será vida de tercera.

Allí no los perseguían
pero los miraban mal,
desde el principio al final
sus vidas ya las sabían.
Tan solo los asistían
si eran de su misma cuerda
y porque nadie se pierda
aquí escribiendo yo estoy,
en tal día como hoy,
lo que mi mente recuerda.

A la tierra del francés
y al otro lado del mar
muchos se fueron por pies,
al que no podía escapar
lo segaban como a mies.

Muy poquito conseguí,
todo era muy complicado
en un terreno minado
si no tienes pedigrí.
Y de mi pueblo me fui
en cuanto fui más mayor,
buscando un mundo mejor
me marché hasta otra tierra
muy distante de la sierra
en la que antes fui pastor.

Yo me fui por voluntad
mas de todos mis paisanos,
ante la necesidad
de los que somos humanos,
emigraron la mitad.

Para poder prosperar
no había más solución
que dejar el azadón
y hasta otra tierra emigrar.
Crearon un nuevo hogar
en una tierra extranjera
y donde aquel que prospera
se lo gana con su esfuerzo,
y la cena y el almuerzo
no se le debe a cualquiera.

Me marché al norte de España
en busca del bienestar,
si mi mente no me engaña
mucho hube de trabajar
y demostrar mucha maña.

Cual si fuera un extranjero,
nueva vida comencé,
no salía de culero
así me lució el plumero
cuando al destino llegué.

Poca ayuda recibí
si acaso un trozo de pan
algo distinto al de aquí
pero cuando te lo dan
te sabe al de ajonjolí.

Me lo pasaba en el tajo
de la mañana a la noche,
cuando dejaba el trabajo
y para poner el broche
nunca me daba agasajo.

Tenía que preparar
lo de la nueva jornada
sin poderme relajar,
nadie te regala nada
no puedes ni descansar.

Rancheaba la comida
y me lavaba la ropa,
en cocina compartida
me preparaba una sopa
que me volvía a la vida.

Con gente de otras regiones
en el norte coincidí
compartimos emociones
junto a ellos aprendí
a estudiar nuevas lecciones.

A paisanos vi también,
unos lo pasaban mal
otros lo pasaban bien,
todos en un mismo tren
mas con distinto final.

Uno que otro prosperó
lejos de nuestro lugar,
de esa suerte no fui yo
la fortuna me esquivó
nunca me quiso encontrar.

Mas si no tuve fortuna
al menos tuve redaños
subiendo algunos peldaños
sin que alcanzara la luna.
Mi sino desde la cuna

fue no levantar cabeza,
en aquello que se empieza
con esfuerzo y voluntad
se alcanza prosperidad
sin que llegue a ser riqueza.

No me faltaba el trabajo
mas me faltaba el descanso,
para subir desde abajo
tu vivir no es un remanso
si no tomas un atajo.

Alguno que lo tomó
siempre tendrá en su conciencia
la manera en que trepó
para dejar esa herencia
que de ese modo ganó.

Esos fueron unos pocos
que escrúpulos no tenían
y cual si estuvieran locos
las leyes las transgredían
alejados de los focos.

Para la gran mayoría
de todo el que fue emigrante
aquello que conseguía
era de forma sangrante
por lo mucho que sufría.

De estos últimos fui yo
y de ello no me arrepiento,
todo mi cuerpo sudó
y todo lo que sufrió
en mi interior aún lo siento.

El trabajo no faltaba
pero sí la libertad,
cualquier patrón te explotaba
y por los suelos quedaba
tu maltrecha dignidad.

El trabajo estaba allí
y aseguraba un jornal
y por eso yo sufrí
lo mismo que el personal
que trabajó junto a mí.

Trabajamos en la obra
y en las fábricas también,
el dinero no te sobra
ni vives a tutiplén
con el sueldo que se cobra.

Junto a Juan el del Molino
trabajando estaba yo
el día que se mató
y se acabó su camino.
Debía ser su destino
ese que dicen tenemos
desde el día en que nacemos
los que nacemos sin nada
con la hora señalada,
o eso es lo que creemos.

Igual que la mayoría
antes del pueblo salir
Juan vendió lo que tenía
para así poder vivir
al menos el primer día.

Pronto empezó a trabajar
en la obra de peón
para poderse pagar
el gasto de la pensión
donde se pudo alojar.

Se marchó con su mujer,
sus padres y sus chiquillos
y es fácil de comprender
que el fondo de sus bolsillos
pronto se comenzó a ver.

Viendo el asunto tan feo,
en casa de una señora
la mujer encontró empleo
y, a pesar de su deseo,
trabajó hora tras hora.

Todos pasaron aprietos,
los viejos no protestaban
al cuidado de los nietos
en la pensión se quedaban
como si fueran objetos.

De la pensión se marcharon
hasta un piso compartido
y en ese piso penaron
lo mismo que habían sufrido
en la pensión que dejaron.

De ahí se fueron a un piso
que estaba en los arrabales
donde la fortuna quiso
que abuelos y los zagales
sufrieran algún aviso.

Al abuelo que cruzó
por medio la carretera
un coche lo atropelló
y ya más nunca volvió
a ser el mismo que fuera.

Con el fruto del trabajo
se compraron un terreno
que tenía un precio bajo,
el sitio no era muy bueno
mas pronto se hizo un sombrero.

En los fines de semana
el sombrero mejoraron
trabajando sin desgana
de la noche a la mañana
su casita levantaron.

Y pasó lo que pasó:
saliendo ya de culero
del andamio se cayó
y Juan, antiguo mulero,
en el sitio se quedó.

Allí se acabó su sueño
igual que el de tantos otros
que después de mucho empeño
no volvieron con nosotros
a nuestro pueblo sureño.

No quise me sucediera
algo como lo narrado
y aunque yo no lo quisiera
dejé ese trabajo a un lado
persiguiendo otra quimera.

Como yo era soltero
nadie de mí dependía,
por ello hacia el extranjero
tomé camino un buen día
buscando un nuevo sendero.

Me marché hasta ultramar
en busca de hacer fortuna
para después regresar
al sitio donde a la luna
me gustaba a mi mirar.

En un barco naranjero
que de Valencia zarpó,
me enrolé de marinero
y a América me llevó
con el hambre y sin dinero.

Seguí parecido rumbo
que el hermano de mi abuelo,
así que tumbo tras tumbo
anduve por aquel suelo
pelado cual higo chumbo.

En terreno tan extraño
muy poco tiempo duré,
el clima me hacía daño,
al poco tiempo enfermé
y me volví más huraño.

Me colé de polizón
en un barco sin bandera
y escondido en un rincón
al lado de la caldera
hice la navegación.

En esto sí tuve suerte
a esta tierra regresé,
pude esquivar a la muerte
y al poco ya me encontré
con una salud más fuerte.

Con el rabo entre las piernas
como perro apaleado
atravesé las galernas
que el destino me había dado
desde mis edades tiernas.

Después de esa aventura
quise sentar la cabeza
y trabajé sin pereza
de una manera más dura.
Del esfuerzo y su cultura
ya mucho había aprendido
mas quise ser comedido
y antes de echar a volar
me tuve que espabilar
como pichón en el nido.

Trabajé en el mismo puesto
y por el mismo salario
que era salario modesto;
en negarlo no me atesto:
me llegaba para el diario.

Nunca conseguí ser rico
con mi trabajo y mi esfuerzo
y es por eso que predico
que yo no soy más mastuerzo
porque en ello no me aplico.

Después de tanto sufrir
llegó la jubilación
y me dispuse a vivir
con la pequeña pensión
que tenía que venir.

Mas la pensión no llegaba
y era por esta razón:
el alta nunca me daba
ese bendito patrón
con el que yo trabajaba.

Para decir la verdad
fue gracias a un funcionario
que paga de caridad
para el sustento diario
se me otorgó por piedad.

Hasta el pueblo me regreso,
vuelvo a recorrer las calles
donde un día me sentí preso,
no voy a entrar en detalles
de ningún otro suceso.

Allí sentado en un banco
de la plaza en una esquina
con la mente casi en blanco
ya no le guardo yo inquina
ni al que me empujó al barranco.

Un antiguo camarada
me hace a mí de confidente
sobre todo lo reciente
y al poco no pienso en nada.
A la época pasada
apenas crédito doy,
yo ya no sé ni quien soy
ni siquiera lo que fui
cuando viví por aquí,
en este sitio que estoy.

En medio de ensoñaciones
y de recuerdos pasados
nos brotan las emociones
y nos vemos reflejados
en los nuevos gorriones.

Tienen el mismo pelaje
que los de nuestra niñez,
no ha cambiado ni el paisaje
y como en el agua el pez
no temen al oleaje.

Que no pillen un plumazo
deseamos con fervor,
que beban en el ribazo
y que encuentren un regazo
donde rebose el amor.

Vemos correr a un chiquillo
que por otro es perseguido;
corre, corre que te pillo,
ese grito me ha salido
con voz ronca de pitillo.

Quisiera volver a ser
aquel niño que fui un día
el que un sueño perseguía
en aquel tiempo de ayer.
Pero debo comprender

que solo esperar me resta;
tengo la mortaja puesta
para cuando llegue la hora
mejor si no se demora
que la conciencia está presta.

Todo lo que aquí conté
lo hice en mi senectud,
si lo hice bien... no sé
mas mantengo la virtud
de acabar lo que empecé.

FIN